

**CARACTERÍSTICAS ESPECÍFICAS
DE NUESTRA GUERRA POPULAR**
JOSÉ MARÍA SISON



EDICIONES EN LENGUAS EXTRANJERAS

EDICIONES EN LENGUAS EXTRANJERAS

38 rue Dunois, 75013 Paris — Francia

flpress@protonmail.com

Colección “Clásicos en color” #10 (Español)

Edición: Sección hispanohablante—ELE

Paris, 2022

ISBN: 978-2-491182-97-7

Hasta el momento se han publicado un total de 500 copias de este libro en:

- Inglés: 600 (5 tiradas)
- Francés: 100 (1 tirada)
- Español: 100 (1 tirada)



Este libro y su traducción se publican bajo licencia CC-BY-NC-SA 4.0, que autoriza su copia y difusión siempre que sea sin ánimo de lucro y que se citen al autor y la editorial.

Índice

Introducción	4
Capítulo 1 Una revolución democrático-nacional de nuevo tipo	8
Capítulo 2 Guerra prolongada en el campo	14
Capítulo 3 Luchando en un pequeño archipiélago montañoso	22
Capítulo 4 De pequeños y débiles a grandes y fuertes	36
Capítulo 5 Una dictadura fascista títere en medio de la crisis	48
Capítulo 6 Bajo una potencia imperialista	60
Capítulo 7 Declive del imperialismo estadounidense y avance de la revolución mundial	72

INTRODUCCIÓN

Del gran tesoro del marxismo-leninismo extraemos principios básicos y lecciones históricas para iluminar la guerra popular que estamos librando. Pero éstos tienen un valor general; son una guía global para nuestra acción. Contentarse con ellos, sin integrarlos en la práctica concreta, es convertirlos en un dogma sin vida. Prescindir de ellos es emprender una acción ciega.

Tanto el dogmatismo como el empirismo son anatemas para los comunistas. Como en todos los asuntos, debemos integrar la teoría y la práctica en la dirección de la guerra popular. La teoría universal del marxismo-leninismo-pensamiento Mao Zedong debe aplicarse a las condiciones concretas de la Revolución Filipina. Nos adherimos firmemente a la enseñanza del gran Lenin de que el análisis concreto de las condiciones concretas es el alma del marxismo. Sólo comprendiendo las características específicas de nuestra guerra popular podemos entender las leyes que la rigen y, por lo tanto, podemos adoptar y aplicar la estrategia y la táctica correctas para llevarla a la victoria.

Los principios básicos y las lecciones históricas ya fundadas en la teoría universal del proletariado revolucionario han sido pagadas con la sangre de varios pueblos triunfantes en sus respectivas revoluciones. Pero en lo que se refiere a llevar a cabo y ganar nuestra propia guerra popular, no hay nada más importante que aquellos principios y lecciones que aprendemos sobre la base de las condiciones

filipinas y nuestra propia experiencia revolucionaria. En este sentido, damos la máxima importancia a esos principios y lecciones pagados con la sangre de nuestro propio pueblo.

La integración de la teoría marxista-leninista con la práctica filipina es un proceso bidireccional. No nos limitamos a aprovechar las victorias logradas en el extranjero para tener éxito en nuestra propia revolución. Sino que también esperamos sumar nuestra propia victoria a las de otros y hacer alguna contribución valiosa al avance del marxismo-leninismo y de la revolución proletaria mundial para que al final la humanidad se libere del flagelo del imperialismo y entre en la era del comunismo. En esta etapa de la Revolución Filipina, libramos una guerra popular, una guerra revolucionaria, porque es el único método posible para poner fin a la opresión armada del Estado reaccionario contra el pueblo, que es el instrumento de la gran clase compradora y terrateniente.

Para comprender bien las características específicas de nuestra guerra popular, debemos tener en cuenta nuestras condiciones específicas, como que nuestra guerra popular está en consonancia con la revolución democrático-nacional de nuevo tipo; que tenemos que librar una guerra prolongada en el campo; que estamos luchando en un archipiélago montañoso; que el enemigo es grande y fuerte mientras nosotros somos todavía pequeños y débiles; que ha surgido una dictadura fascista en medio

de una crisis política y económica del sistema dominante; que el país está dominado por una potencia imperialista y, por tanto, hay una reacción armada unificada, excepto en el suroeste de Mindanao; y que el imperialismo estadounidense está en declive en Asia y en todo el mundo y la revolución mundial avanza en medio de una crisis general del sistema capitalista mundial sin precedentes desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

Al hablar de las características específicas de nuestra guerra popular, estamos obligados a señalar ciertas ventajas y desventajas o puntos fuertes y débiles. Al mismo tiempo, indicamos inmediatamente mediante qué proceso general podemos maximizar nuestras ventajas y fortalezas y superar las desventajas y debilidades.

CAPÍTULO 1
UNA REVOLUCIÓN
DEMOCRÁTICO-NACIONAL
DE NUEVO TIPO

1. Una revolución democrático-nacional de nuevo tipo

Nuestro país es semicolonial y semifeudal. Está bajo el dominio indirecto del imperialismo norteamericano, cuyos agentes y títeres más confiables son los grandes terratenientes compradores y los grandes burócratas. Las ciudades están gobernadas por la gran burguesía compradora y el campo por la clase terrateniente.

La inmensa mayoría de nuestros 41 millones de habitantes, más del noventa por ciento de ellos, están gravemente explotados y oprimidos por los grandes compradores y los grandes terratenientes que, junto con sus subalternos políticos y técnicos más cercanos y mejor pagados, componen una ínfima minoría que no supera el dos por ciento de la población. Los más oprimidos y explotados son las masas trabajadoras de obreros y campesinos. La pequeña burguesía urbana y la burguesía media o nacional también sufren la situación semicolonial y semifeudal, aunque el primer estrato sufre más que el segundo.

Es obvio por qué hablamos indistintamente de guerra popular y guerra revolucionaria. Luchamos por los intereses revolucionarios de las amplias masas populares. Luchamos específicamente por sus intereses Nacional-democráticos. La nuestra es una revolución nacional-democrático destinada a completar nuestra lucha por la independencia nacional y a dar contenido a las aspiraciones democráticas de nuestro pueblo. No tenemos otro camino más que luchar por la emancipación nacio-

nal y la liberación social contra el imperialismo norteamericano, el feudalismo y el capitalismo burocrático.

En cierto sentido, nuestra revolución democrático-nacional es una continuación de la Revolución Filipina que comenzó en 1896. Pero esta revolución ha asumido nuevas características. Es de un nuevo tipo. Ya no forma parte de la vieja revolución burguesa-capitalista. Es parte de la revolución proletaria-socialista que ha surgido de la primera guerra mundial interimperialista y la victoria de la Gran Revolución Socialista de Octubre. Aunque seguimos luchando por una revolución democrático-nacional, ésta constituye una mediación para llevar a cabo una revolución socialista en nuestro país.

Por tanto, estamos inmersos en una revolución filipina continua, con dos etapas diferenciadas: la democrático-nacional y la socialista. En ambas etapas, la dirección de clase la tiene el proletariado, que es históricamente el factor político y económico más progresista, y que presenta la ideología más avanzada. A través de su destacamento de vanguardia, el Partido Comunista de Filipinas, el proletariado se ocupa de que la revolución democrático-nacional se lleve a cabo y se complete; de que la revolución socialista sobrevenga inmediatamente después de la victoria de la revolución.

En la etapa actual de la Revolución Filipina, el Partido tiene dos armas contra el enemigo: la lucha

1. Una revolución democrático-nacional de nuevo tipo

armada y el frente unido nacional. Están interrelacionadas como la lanza y el escudo. Una sirve a la otra. El frente Nacional democrático asegura el más amplio apoyo popular posible a la lucha armada; divide las filas del enemigo y aísla al peor enemigo individual en cada momento. La lucha armada es específicamente el arma para llevar a cabo la tarea central de la revolución, que es la desestructuración y el derrocamiento de la clase dominante enemiga y la toma del poder político.

Parafraseando al Presidente Mao, sin un ejército como el Nuevo Ejército del Pueblo, el pueblo no tiene nada. Tener unos pocos escaños en un parlamento reaccionario y no tener un ejército en nuestro país es jugar a un juego de necios. Cada vez que el enemigo decida cambiar las reglas del juego, digamos la Constitución, podrá hacerlo a costa del pueblo.

Entre la lucha armada y la lucha parlamentaria, la primera es principal y la segunda es secundaria. Todo auténtico revolucionario sabe que el principal componente del Estado reaccionario es su ejército reaccionario. El pueblo filipino está indefenso sin su propio ejército. No puede dar un solo paso para aplastar toda la maquinaria militar-burocrática del enemigo sin un ejército popular.

Al llevar a cabo una guerra popular, el Partido construye el ejército popular como su principal forma de organización. No es sólo una organización en la que se concentra la militancia del Par-

tido. Es también una organización para unir a los revolucionarios proletarios y a las masas campesinas tanto en el seno del ejército como en las localidades. De este modo, la alianza básica del proletariado y el campesinado, tan necesaria en un frente único nacional, toma la forma concreta más eficaz.

La alianza elemental del proletariado y el campesinado es el fundamento del frente único nacional. Cuanto más fuerte es esta alianza en el curso de la guerra popular, más fuerte es el deseo de la pequeña burguesía urbana de unirse al frente único nacional y participar activamente en la labor revolucionaria. Asimismo, se anima a la burguesía nacional a dar su apoyo a las fuerzas básicas de la revolución como el proletariado, el campesinado y la pequeña burguesía urbana. En esta etapa de la revolución, la dirección del Partido y del proletariado se demuestra mejor por su capacidad de construir un ejército popular y realizar una alianza básica con las masas trabajadoras.

CAPÍTULO 2
GUERRA PROLONGADA
EN EL CAMPO

2. Guerra prolongada en el campo

El 85% de la población nacional se encuentra en el campo. De esta población rural, los campesinos pobres, junto con los trabajadores agrícolas, constituyen alrededor del 75%; los campesinos medios, alrededor del 15%; los campesinos ricos, alrededor del 5%. Los terratenientes pueden ser sólo el 1 o 2%. En torno al 3 o 4% lo ocupan los asalariados no agrícolas, los artesanos, los pequeños vendedores ambulantes, los comerciantes, los estudiantes, los profesores y otros profesionales. Sólo hay desviaciones drásticas de estos porcentajes en lugares concretos donde hay minas, explotaciones forestales, plantaciones modernas y algunas industrias. Los pescadores de las costas marítimas son principalmente campesinos.

Sobre la base de estos hechos, la población campesina y el campo tienen una importancia especial para nosotros a la hora de librar la guerra popular. El principal problema social, el que afecta al mayor número de personas, se encuentra en el campo. Es el problema de la tierra. El feudalismo y el semi-feudalismo oprimen y explotan a los campesinos pobres, a los trabajadores agrícolas y a los campesinos medios-bajos. Si no centramos nuestra atención en este problema y le damos una solución, no podremos atraer a las filas de la revolución a la fuerza más formidable que pueda arrollar al enemigo.

La revolución agraria es la solución. Las masas campesinas son despertadas y movilizadas para

derrocar la autoridad de los terratenientes y llevar a cabo la reforma agraria paso a paso. Dependiendo de las circunstancias concretas, y en particular de la fuerza alcanzada por las fuerzas revolucionarias, se puede llevar a cabo la reducción de la renta y la eliminación de la usura o la confiscación total de la propiedad de los terratenientes. En las zonas fronterizas, hay que asegurar a los indígenas pobres y a los colonos pobres la propiedad de sus tierras de tamaño apropiado. El Partido sostiene que el contenido principal de la revolución democrático-nacional es la satisfacción del clamor campesino por la tierra.

Sólo llevando a cabo la revolución agraria puede la dirección revolucionaria activar a las masas campesinas como fuerza principal de la revolución y realizar la alianza básica del proletariado y el campesinado. De las filas del campesinado oprimido puede entonces extraerse el mayor número de contingentes armados. En la actualidad, el Nuevo Ejército del Pueblo está compuesto principalmente por reclutas campesinos. El crecimiento de nuestro ejército popular depende del apoyo de las masas campesinas.

En términos generales, afirmamos que el aliado más fiable del proletariado es el campesinado. En términos más específicos, relacionemos al proletariado revolucionario con los distintos estratos del campesinado. Nuestra política como proletarios revolucionarios es apoyarnos principalmente en los

campesinos pobres junto con los obreros agrícolas, ganar a los campesinos medios y neutralizar a los campesinos ricos. En el curso de la revolución democrático-nacional, nos proponemos no perjudicar indebidamente los intereses de los campesinos ricos, aunque seamos conscientes de sus tendencias reaccionarias.

Al oponernos y derrocar a los terratenientes, tenemos como objetivo principal a los terratenientes que tienen vastas propiedades, que las han adquirido por puro acaparamiento, que tienen el poder político y que son despóticos. Damos una consideración especial, en la medida en que las masas y las circunstancias lo permitan, a la burguesía terrateniente ilustrada que respalda y sigue nuestra política y que apoya nuestra guerra revolucionaria.

Nuestro país está muy poco desarrollado debido a la dominación imperialista y conserva un campo relativamente amplio en el que reinan el feudalismo y el semifeudalismo. Este campo atrasado de nuestro pequeño país no es tan grande como el de China, pero es ciertamente grande en comparación con nuestras propias ciudades. Este es el escenario básico de nuestra guerra popular. El grueso de nuestra población nacional está aquí.

El eslabón más débil del dominio enemigo se encuentra en el campo. Lo peor de la opresión y de la explotación se lleva a cabo entre las masas campesinas por parte de los reaccionarios. Y, sin

embargo, el campo es tan vasto que las fuerzas armadas enemigas no pueden sino dispersarse o no pueden abandonar vastas zonas cuando se concentran en determinados puntos. El campo es, pues, el terreno fértil para la aparición y el crecimiento del poder político rojo: el ejército popular, los órganos del poder político democrático, las organizaciones de masas y el Partido. No puede haber una zona de maniobra más amplia y mejor para nuestro ejército popular y para nuestro tipo de guerra.

Nuestra experiencia durante más de cinco años demuestra que hemos creado un total de veinte frentes guerrilleros en siete regiones fuera de Manila-Rizal. Estos frentes siguen prosperando en el campo incluso ante las duras contramedidas fascistas sin precedentes. Cuando el enemigo avanza con grandes unidades contra nuestra pequeñas y débiles fuerzas, se agota a si mismo dando golpes en el aire y simplemente permite a su presa que ataque a enemigos más débiles en otras partes o que se expanda hacia nuevos territorios. La masiva y prolija campaña enemiga de “cerco y aniquilamiento” no ha logrado destruir nuestras pequeñas y débiles fuerzas en el Valle de Cagayán.

En nuestro país es posible librar una guerra popular prolongada porque tenemos un campo atrasado relativamente amplio donde se encuentra el grueso de la población. Hay muchas partes que están relativamente alejadas del centro del enemigo y de las principales líneas de comunica-

ción y donde la población vive básicamente de sus productos agrícolas diversificados. Esta situación es completamente diferente a la que se da en un país capitalista.

En los países capitalistas, una guerra civil va precedida de un largo período de lucha parlamentaria. Librar allí una guerra civil sin la desintegración de al menos una gran parte del ejército permanente de la burguesía y sin que el proletariado esté preparado para un levantamiento general capaz de vencer decisivamente en un corto período de tiempo es buscar el desastre para las fuerzas revolucionarias. La guerra civil está condicionada principalmente por el hecho de que la mayoría del pueblo vive en las grandes ciudades, por ello la guerra se inicia y decide allí, donde se centra una economía altamente unificada y un sistema de comunicaciones altamente desarrollado. La victoria o la derrota a nivel nacional en una guerra civil se resuelve más rápidamente en los países capitalistas que en los países semicoloniales y semif feudales.

En Filipinas, es tan necesario como posible librar una guerra popular prolongada. Sólo a través de un largo período de tiempo podemos desarrollar nuestras fuerzas paso a paso, derrotando a las fuerzas enemigas pieza a pieza. No estamos en condiciones de poner nuestras pequeñas y débiles fuerzas en enfrentamientos estratégicamente decisivos contra fuerzas enemigas militarmente superiores. En primer lugar, acabamos de empezar desde cero.

Tampoco podríamos haber aplazado el inicio de nuestra guerra popular. Cuanto más tiempo tengamos para desarrollar nuestra fuerza armada partiendo prácticamente de cero, mejor se dará para nosotros en el futuro. Nuestra política es librar sólo las batallas que seamos capaces de ganar. De lo contrario, daremos vueltas ante una fuerza enemiga que no podemos derrotar y no buscaremos la oportunidad de golpear a una fuerza enemiga que sí podemos derrotar.

Al llevar a cabo nuestra guerra popular prolongada, aplicamos la línea estratégica de rodear las ciudades desde el campo. Desarrollamos con firmeza bases y zonas guerrilleras en diversos puntos estratégicos del país. En una etapa posterior, estas zonas estarán unidas por fuerzas móviles regulares que estarán en condiciones de defender bases revolucionarias más amplias y estables en el campo. Desde estas bases revolucionarias estables, podremos finalmente tomar las ciudades y avanzar hacia la victoria nacional.

Mientras que nuestra tarea principal es librar una guerra prolongada en el campo, nuestra tarea secundaria es desarrollar la clandestinidad revolucionaria y un amplio movimiento de masas antiimperialista y democrático en las ciudades. Debemos combinar las luchas revolucionarias en las ciudades y en el campo, en los pueblos y barrios de las zonas rojas, blancas y rosas.

Debemos destacar en la combinación de actividades legales, ilegales y semilegales a través de una clandestinidad amplia y estable. Una clandestinidad revolucionaria que se desarrolle por debajo de las actividades democráticas y legales o semilegales debe promover el crecimiento integral de las fuerzas revolucionarias, servir para vincular en todos los niveles a partes del Partido y del ejército popular que de otro modo estarían aisladas y preparar el terreno para los levantamientos populares en el futuro y para el avance del ejército popular.

CAPÍTULO 3
LUCHANDO EN UN
PEQUEÑO ARCHIPIÉLAGO
MONTAÑOSO

3. Luchando en un pequeño archipiélago montañoso

Filipinas es un pequeño archipiélago montañoso. Está formado por unas 7.100 islas e islotes con una superficie total de 299.404 kilómetros cuadrados o 115.600 millas cuadradas. Las once islas más grandes, que se enumeran a continuación, representan el 94% de la superficie total y el 94% de la población del país. Cada una de estas islas y muchas otras tienen un terreno montañoso con suelo fértil.

La importancia de una isla no viene determinada únicamente por su tamaño. La población, la superficie forestal y el terreno montañoso son una consideración más importante para nuestra guerra popular, especialmente en la etapa inicial.

Hay tres características destacadas de Filipinas por ser un archipiélago. En primer lugar, nuestro campo está dividido en muchas islas. Segundo, nuestras dos islas más grandes, Luzón y Mindanao, están separadas por un amasijo de islas como las Visayas. En tercer lugar, nuestro pequeño país está separado por mares de otros países. De estas características surgen problemas muy peculiares para nuestra guerra popular.

Por una parte, es cierto que nuestro campo es amplio en relación con las ciudades. Por otra, también es cierto que tenemos que luchar dentro de frentes estrechos porque todo el país es pequeño y su campo está partido. La guerra entre nosotros y el enemigo se caracteriza por ser profunda, despiadada y excesivamente fluida. Mientras que en

Luzón y Mindanao tenemos el espacio más amplio posible para el desarrollo de fuerzas móviles regulares, estas dos islas están separadas por cientos de kilómetros y por islas mucho más pequeñas en las que el espacio parece inmediatamente adecuado sólo para las fuerzas de la guerrilla en el curso de la guerra popular. La condición óptima para la aparición de fuerzas móviles regulares en las principales islas de Visayan será proporcionado por el desarrollo previo de fuerzas móviles regulares en Luzón y Mindanao.

Llevar a cabo una guerra popular en un país archipelágico como el nuestro es sin duda un problema sumamente difícil y complejo para nosotros. En esta etapa en la que todavía estamos tratando de desarrollar la guerra de guerrillas a escala nacional, la dirección central ha tenido que cambiar de una organización a otra para prestar amplia atención a las organizaciones regionales del Partido y del ejército. Esta es sólo una manifestación del problema. Los equipos de propaganda armados y las unidades guerrilleras iniciales dispersas en zonas alejadas son susceptibles de ser aplastados por el enemigo. Esta es otra manifestación del problema.

3. Luchando en un pequeño archipiélago montañoso

ISLA	SUPERFICIE TERRESTRE (KM ²)	POBLACIÓN (1970)
1) Luzón	104.688	18.001.270
2) Mindanao	94.630	7.538.315
3) Samar	13.080	1.019.358
4) Negros	12.705	2.218.972
5) Palawan	11.785	236.635
6) Panay	11.515	2.114.544
7) Mindoro	9.735	472.396
8) Leyte	7.214	1.362.051
9) Cebu	4.422	1.634.182
10) Bohol	3.865	683.297
11) Masbate	3.269	492.908

No cabe duda de que luchar en un país archipelágico como el nuestro supone inicialmente una gran desventaja para nosotros. Dado que la dirección central tiene que situarse en alguna zona remota de Luzón, no hay otra alternativa ahora e incluso durante mucho tiempo que adoptar y llevar a cabo la política de dirección centralizada y operaciones descentralizadas. Debemos distribuir y desarrollar en todo el país cuadros de calidad suficiente para encontrar su propio rumbo y mantener la iniciativa no sólo en periodos tan cortos como uno o dos meses, periodos de comunicación regular, sino también en periodos tan largos como dos o más años, en caso de que el enemigo decida

concentrarse en una isla o en un frente de combate concreto y bloquearlo.

El desarrollo de la base revolucionaria central en algún lugar de Luzón favorecerá y será favorecida por el desarrollo de muchas bases menores en Luzón, Visayas y Mindanao. Por ello, hemos prestado atención al despliegue de cuadros para la guerra de guerrillas a nivel nacional. En un país pequeño como Filipinas, o más concretamente en una isla como Luzón, habría sido temerario que la dirección central se encerrara en una zona limitada, concentrara allí todo el limitado personal del Partido y todos los esfuerzos y, en consecuencia, invitara al enemigo a concentrar allí sus propias fuerzas. Habría sido temerario subestimar la capacidad del enemigo para desplazarse rápidamente y concentrar sus fuerzas en una isla donde las comunicaciones están más desarrolladas.

La dirección central comenzó la lucha armada donde mejor podía, enlazándose con los combatientes rojos en el segundo distrito de Tarlac a principios de 1969. Pronto se enviaron cuadros del Partido a la zona montañosa y accidentada de Isabel. Posteriormente, lo que fue la fuerza principal del Nuevo Ejército del Pueblo aquí creció vigorosamente desde principios de 1971 hasta la víspera del régimen marcial fascista. Unos cuantos cuadros formados aquí fueron enviados a realizar trabajos rurales en otras regiones. La tormenta del primer trimestre de 1970 y las subsiguientes acciones de

3. Luchando en un pequeño archipiélago montañoso

protesta y organización de masas en Manila-Rizal y otros centros urbanos del país produjeron un mayor número de cuadros para la expansión nacional del Partido y del ejército popular en las zonas rurales. Estos cuadros comienzan inexpertos, pero son entusiastas, desarrollan nuevos cuadros del Partido a partir de las filas de los activistas de masas locales y los combatientes rojos, y se templan en el curso de la feroz lucha revolucionaria.

Ya hemos creado siete organizaciones regionales del Partido y del ejército fuera de Manila-Rizal. Después de fortalecerlas, especialmente las del noroeste, noreste y centro de Luzón, podemos esperar con más confianza y dar el paso hacia la construcción de la base revolucionaria central en un terreno favorable, mejor poblado y más extenso que el este del río Cagayán. Debería estar en una zona mucho más difícil de bloquear para el enemigo. Lógicamente, la dirección central podrá mantener relaciones más inmediatas con las organizaciones regionales del Partido en Luzón que con las de Visayas y Mindanao. Estas últimas podrían seguir siendo administradas a través de un órgano especial del Comité Central.

A la larga, el hecho de que nuestro país sea archipelágico resultará una gran ventaja para nosotros y una gran desventaja para el enemigo. El enemigo se verá obligado a dividir su atención y sus fuerzas no sólo en el campo sino también en otras tantas islas. Nuestra gran ventaja se mostrará cuando hayamos

logrado desarrollar la guerra de guerrillas a escala nacional, y cuando al menos hayamos estado en el umbral de librar una guerra móvil regular en Luzón o en ambos, Luzón y Mindanao.

Adoptamos la política de “primero unas pocas islas principales, luego las demás islas”. Esto ya está bien entendido en las Visayas. En cada isla o en la parte específica de una isla en la que decidamos concentrarnos, debemos desarrollar la autosuficiencia; mantener nuestras unidades guerrilleras dentro de un radio limitado en un momento dado para evitar la dispersión de nuestros esfuerzos, pero lo suficientemente amplio para la maniobra; y avanzar oleada tras oleada, siempre expandiéndose sobre la base de la consolidación. Nuestra amarga experiencia ha demostrado que extender demasiado nuestras brigadas guerrilleras con la falsa esperanza de cubrir un área más amplia o de atender tantos puntos estratégicos al mismo tiempo resulta en un trabajo político poco profundo y es mortal para nuestras brigadas. Entre varias brigadas guerrilleras, es necesario tener algún centro de gravedad o punto de reunión, ya sea para una retirada temporal o para una operación concentrada contra el enemigo. Al mismo tiempo, nunca debemos perder de vista la necesidad de la fluidez, que a menudo requiere el desplazamiento de dicho centro.

Cada organización regional del Partido debe procurar que en la etapa actual se desarrolle uno, dos o tres frentes armados. El comité ejecutivo

3. Luchando en un pequeño archipiélago montañoso

regional del Partido debe tener su sede en el frente principal. Sólo deben surgir más bases y zonas guerrilleras cuando se consoliden las pocas que puedan ser manejadas con suficiencia en un momento dado. Actualmente, no es necesario tener una fuerza armada en cada provincia de una región. Más bien es aconsejable que ubiquemos nuestra fuerza armada en una zona fronteriza interprovincial para lograr el máximo efecto, porque en primer lugar no tenemos suficiente fuerza armada para cada provincia.

Es necesario que todas las fuerzas revolucionarias hagan hincapié en el principio de la autosuficiencia a escala nacional. Esto se debe a que nuestro pequeño país está aislado por los mares de los países vecinos, especialmente de los que son amigos de nuestra causa revolucionaria. Los pueblos vietnamita, camboyano y laosiano son más afortunados que nosotros en cierto sentido porque comparten fronteras terrestres con China, que les sirve de poderosa retaguardia. Nunca se insistirá lo suficiente en la necesidad de nuestra autosuficiencia. Las necesidades básicas de nuestra guerra popular tienen que ser satisfechas por el ejército popular y las amplias masas del pueblo mismo. Nuestra fuente básica de armamento son los campos de batalla. Nuestro nivel de técnica militar y nuestra capacidad en táctica y estrategia tendrán que elevarse adhiriéndose estrictamente al principio marxista de avanzar por etapas y de hacerlo bien en

una etapa para preparar la siguiente. La prolongación de nuestra guerra popular se ve agravada por el carácter archipelágico del país.

El carácter montañoso del país contrarresta su carácter archipelágico desde el principio. Un terreno montañoso con algo de población y con una vegetación espesa es una condición excelente para nuestra guerra popular. Si por un lado el carácter archipelágico del país tiene como consecuencia el estrechamiento de nuestros frentes de lucha, su carácter montañoso tiene como efecto su ampliación y profundización. Las montañas suelen ser los límites naturales de las provincias. Así, podemos mantener la influencia en varias provincias aunque operemos desde una sola zona fronteriza montañosa. Además, el enemigo no puede acercarse fácilmente a nosotros debido a lo abrupto del terreno, y tenemos más oportunidades que en cualquier otro lugar de realizar una labor política entre la población. Antes de que empiece a escalar una colina, podemos recibir los informes transmitidos por las masas en las ciudades y en los barrios, podemos ver realmente su llegada desde los puntos de observación y podemos medir su operación y su posible duración al saber la cantidad de tropas, camiones y aviones desplegados. Por lo tanto, podemos prepararnos para su llegada.

La Sierra Madre abarca casi toda la longitud de Luzón por el lado oriental del valle de Cagayán hasta la región de Bicol a través de Luzón Cen-

3. Luchando en un pequeño archipiélago montañoso

tral. Une hasta nueve provincias. En algunos puntos, une dos o tres provincias al mismo tiempo. Las montañas de la Cordillera y de Ilocos cubren la parte media y occidental del norte de Luzón. Unen hasta once provincias. En algunos puntos, unen hasta cuatro provincias al mismo tiempo. Las provincias montañosas y su periferia tienen la distinción de ser la zona donde la guerrilla aniquiló la mayor concentración de tropas japonesas en Filipinas durante la Segunda Guerra Mundial, que llegó a alcanzar los 150.000 efectivos. Las montañas de Tarlac-Zambales unen cinco provincias. La lucha armada allí tiene que estar bien coordinada con la lucha armada en las amplias llanuras de abajo, prestando especial atención al hecho de que las bases militares estadounidenses y los principales campamentos militares de las A.F.P. se encuentran en las proximidades. Hay muchas otras montañas más pequeñas en Luzón; también pueden proporcionar un terreno favorable para las fuerzas guerrilleras.

Mindanao es una isla aún más montañosa y boscosa que Luzón. En el centro de Mindanao se encuentran las provincias montañosas de Bukidnon y Cotabato. Están tan pobladas como las provincias montañosas del norte de Luzón. Éstas están conectadas con casi todas las provincias de Mindanao. Fuera de Luzón y Mindanao, las montañas de Panay unen cuatro provincias y las de Samar, Leyte y Mindoro unen dos provincias a la vez.

Un terreno montañoso, en el que hay más habitantes en las estribaciones, los claros, las mesetas y las orillas de los ríos o arroyos, es más favorable para el ejército popular. Los habitantes habituales de las zonas montañosas son minorías nacionales y colonos pobres. Estos son muy receptivos a la propaganda revolucionaria. Su enemigo común es el gobierno reaccionario que trata sus tierras como “tierras públicas” y se las arrebató directamente o permite que los grandes terratenientes, los grandes burócratas o los grandes capitalistas se las arrebaten. Desde el principio, debemos despertarlos y movilizarlos enérgicamente para que defiendan sus tierras y sus escasas posesiones contra los acaparadores de tierras y las fuerzas enemigas. Al lanzar operaciones militares contra nosotros, el enemigo siempre recurre a la evacuación forzosa de estos habitantes de las montañas para impedir que nos apoyen y preparar el camino para arrebatarles sus tierras. Debemos oponernos firmemente a toda evacuación forzada.

El hecho de haber dado la máxima prioridad a la creación de bases y zonas guerrilleras en las zonas montañosas nos ha ayudado en gran medida a preservar nuestras fuerzas guerrilleras frente a tantas pequeñas y grandes campañas de “cerco y aniquilamiento” lanzadas contra nosotros. Sin el uso de la Sierra Madre, nuestras pequeñas fuerzas en el Valle de Cagayán, con sólo tres compañías como fuerza principal, no habrían podido defenderse

3. Luchando en un pequeño archipiélago montañoso

contra 7.000 soldados enemigos. Sin el uso de las zonas montañosas de Sorsogon, nuestras pequeñas fuerzas iniciales allí no podrían haberse expandido hasta su máximo, y alcanzar una fuerza principal del tamaño de un pelotón y ocho escuadrones, y hubieran sido reducidas más fácilmente ante la llegada de 1.000 tropas enemigas. Sin embargo, también hay que señalar que es erróneo confiar exclusivamente en el terreno montañoso. Se trata de utilizar la combinación del terreno montañoso menos poblado y las llanuras mejor pobladas, confiando principalmente en el primero para fines militares en esta primera etapa de nuestra guerra popular.

Desde las zonas montañosas y las colinas, podemos expandirnos hacia las llanuras más pobladas. Incluso cuando hayamos llegado lejos en la construcción de bases en las llanuras, nuestras bases montañosas y accidentadas conservarán su importancia estratégica como garantes del avance victorioso de la guerra popular. La base revolucionaria central puede situarse mejor en el terreno montañoso bien poblado, que es el de mayor amplitud en Luzón. En todas partes, las bases en las llanuras, costas marítimas, lagos y ríos encontrarán el apoyo indispensable de las bases en las zonas montañosas y accidentadas.

En medio de las veinte bases y zonas guerrilleras ya existentes y sobre la base de la experiencia adquirida en su creación, la dirección central puede establecer la base revolucionaria central en

algún lugar de la zona montañosa bien poblada del norte de Luzón. Las bases y zonas guerrilleras del noreste de Luzón, noroeste de Luzón y centro de Luzón pueden ser las futuras terminales de las fuerzas móviles regulares que han de surgir en la base revolucionaria central.

Después de hacer bien la construcción de dos o tres bases guerrilleras en cada región fuera de Manila-Rizal, podemos seguir creando más bases y zonas guerrilleras de todo tipo. Cada organización regional del Partido y del ejército popular debe establecer su propia base central y levantar a largo plazo fuerzas móviles regionales. En vísperas de la toma del poder en todo el país, Manila-Rizal quedará atrapada en una pinza entre las fuerzas móviles regulares del norte y de las dos regiones del sur de Luzón.

Mindanao se subdivide en tres o cuatro regiones, y también se puede establecer una base revolucionaria central para coordinar estas regiones. La tarea a largo plazo de nuestras fuerzas de Mindanao es atraer a las fuerzas enemigas de Luzón y destruirlas. Podemos cooperar muy bien con el Frente Moro de Liberación Nacional y el Ejército del Pueblo Moro en este sentido. Nuestras fuerzas en las Visayas pueden aprovechar nuestros logros en Luzón y Mindanao y contribuir con su parte en la tarea de obligar al enemigo a dividir sus fuerzas y destruirlas.

3. Luchando en un pequeño archipiélago montañoso

Dado que nuestro país es archipelágico, es necesario que desarrollemos bases y zonas de guerrilla a lo largo de la costa. Las comunicaciones son una razón clara e inmediata. Debemos ser capaces de desarrollar el mayor número posible de rutas entre Luzón, Visayas y Mindanao realizando un trabajo político entre los pescadores y marineros. Dentro de las Visayas, la navegación es tan común como el transporte en camión en las tierras principales de Luzón o Mindanao. Si tomamos las lecciones del sudoeste de Mindanao, especialmente del archipiélago de Sulu, podemos seguir desarrollando la guerra marítima, una forma de guerra de guerrillas que hace uso de las pequeñas bancas (barcos) y de las islas grandes y pequeñas. Esto constituiría un buen apoyo para nuestra guerra de guerrillas en tierra.

CAPÍTULO 4
DE PEQUEÑOS Y DÉBILES
A GRANDES Y FUERTES

4. De pequeños y débiles a grandes y fuertes

Debemos reconocer la correlación de fuerzas entre nosotros y el enemigo. Este es el primer requisito para librar una guerra completa o una campaña o una sola batalla. Tal y como están las cosas ahora, somos pequeños y débiles mientras que el enemigo es grande y fuerte. No hay duda de que es extremadamente superior a nosotros en términos específicamente militares como número de tropas, formaciones, equipamiento, técnica, entrenamiento, ayuda extranjera y suministros en general. Se necesitará un largo período de tiempo para cambiar esta correlación de fuerzas a nuestro favor. Por lo tanto, la prolongación es una característica básica de nuestra guerra popular.

Las fuerzas armadas enemigas tienen cuatro servicios principales, a saber, la policía, el ejército, la fuerza aérea y la marina, con una fuerza total de al menos 100.000 efectivos en la actualidad. Bajo la dictadura fascista, el número de tropas enemigas se ha incrementado en al menos 40.000, tanto por el aumento real de las fuerzas regulares como por la prolongación del servicio militar de los aprendices de 20 años de seis meses a un año y medio. La fuerza enemiga también es reforzada por la “fuerza civil de defensa local” (otro nombre para la “unidad de autodefensa del barrio”). El dictador fascista ha anunciado que, a mediados de 1975, el número total de efectivos de las fuerzas armadas reaccionarias ascenderá a 250.000 con la integración de las fuerzas policiales locales en la Policía de Filipinas.

La fuerza de nuestras fuerzas guerrilleras plenamente desarrolladas está muy lejos de la fuerza militar regular del enemigo. El centro de gravedad típico de nuestras fuerzas guerrilleras es del tamaño de un simple pelotón. Alrededor de él gravitan escuadrones de propaganda armados y escuadrones de guerrilla propiamente dichos. Hasta ahora, es en el noreste de Luzón donde hemos alcanzado el nivel de formación de una compañía con fuerza suficiente y hemos realizado operaciones del tamaño de una compañía. Ahora, incluso aquí el nivel de actividad armada se reduce al de pelotones y escuadrones. Sin embargo, la reducción de fuerzas aquí como resultado de las implacables campañas del enemigo se compensa con creces por el crecimiento del Nuevo Ejército del Pueblo a escala nacional. Por supuesto, si incluyéramos las unidades de guerrilla y de milicia a tiempo parcial, podríamos citar una cifra más alta para nuestra fuerza militar, pero entonces éstas, como cuerpo de hombres armados, serían pequeñas y débiles en comparación con las propias fuerzas irregulares del enemigo, las “fuerzas civiles de defensa local”, que están mucho mejor armadas.

No podemos evaluar correctamente nuestros logros en el campo militar sin tener en cuenta ciertas condiciones objetivas. Las fuerzas subjetivas de la revolución, especialmente el Partido y el ejército popular, partieron de cero. El Partido fue reconstituido desde cero el 26 de diciembre de 1968; ade-

más, tuvo que hacer frente a los ataques no sólo del enemigo declarado, sino también de los despiadados restos revisionistas de la banda de Lava del viejo Partido. El Nuevo Ejército del Pueblo también se construyó desde cero el 29 de marzo de 1969; además, tuvo que enfrentarse no sólo a las fuerzas armadas reaccionarias sino también a los revisionistas de Lava y a la banda de Taruc-Sumulong.

Ni un solo fusil se entregó a los guerrilleros a tiempo completo del Nuevo Ejército del Pueblo desde la resistencia antijaponesa del Hukbalahap en la Segunda Guerra Mundial o desde la guerra civil que la siguió. Los renegados revisionistas de Lava habían tirado por la borda todas las armas ganadas en la anterior lucha armada como resultado de los errores oportunistas de “izquierda” de José y Jesús Lava y, posteriormente, como consecuencia de los errores oportunistas de derecha de Jesús Lava. El Nuevo Ejército del Pueblo tuvo que empezar con unos pocos fusiles y pistolas incautados principalmente a la camarilla de gánsteres Taruc-Sumulong para armar nueve escuadrones de tamaño reducido de unos siete combatientes cada uno.

Desde su fundación, el Nuevo Ejército del Pueblo ha tenido que librar una guerra popular en condiciones en las que no existe ni una guerra global entre las potencias imperialistas ni una guerra abierta entre los reaccionarios. Desde el principio, el ejército popular ha tenido que enfrentarse a

unas fuerzas armadas altamente unificadas. Merece el más alto elogio por haber aguantado y haber logrado cierta expansión y consolidación, frente a las fuertes fuerzas militares enemigas, la suspensión del habeas corpus en 1971 y, actualmente, el gobierno marcial de una dictadura fascista. Incluso ahora, cuando el grueso de la fuerza enemiga se concentra en el suroeste de Mindanao contra el Ejército del Pueblo Moro, el enemigo todavía se las arregla para mantener en cada región una fuerza especial y en cada provincia comisarías y fuerzas de policía integradas que son, cientos de veces, superiores en fuerza a las nuestras.

Sigue siendo una gran desventaja y debilidad para el Nuevo Ejército del Pueblo disponer de tan pocos fusiles y de pequeñas fuerzas concentrables para enfrentarse a un enemigo que lanza campañas de “cerco y aniquilamiento” desplegando una gran cantidad de unidades “pequeñas”, no inferiores a media compañía, para el trabajo de avanzada y pelotones sobredimensionados, que llegan a ser una compañía regular completa o incluso un batallón completo, para encontrarnos dentro de una zona de cerco. En tales circunstancias, nos resulta bastante difícil mantener la iniciativa y llevar a cabo una política de aniquilación en las batallas. La oportunidad de aniquilar a un pelotón o escuadrón enemigo no se presenta a menudo. El enemigo llega incluso a forzar la evacuación de toda la población perpetrando masacres, saqueos, bombardeos

e incendios. Privados de apoyo masivo dentro de una zona determinada, nuestras pequeñas fuerzas guerrilleras tienen que desplazarse a otro lugar.

Por el momento, la única manera de ampliar nuestra fuerza armada y nuestra eficacia combativa es dar rienda suelta al apoyo popular del que gozamos. Los bolos, las lanzas, las ballestas, las trampas y otras armas autóctonas de las que las masas pueden disponer fácilmente tienen que combinarse con las hazañas caseras y los pocos fusiles que tenemos en nuestras manos. Aplicando seriamente la política de atraer al enemigo y avanzar en oleadas sobre un terreno favorable, tanto estratégica como tácticamente, podemos utilizar con mayor eficacia la combinación de fusiles y armas autóctonas y, en ciertas ocasiones, podemos utilizar sólo estas últimas, si son las únicas disponibles. Incluso hay ocasiones en las que mediante alguna estratagema podemos desarmar a las fuerzas de “defensa del país”, a las fuerzas policiales locales y a las pequeñas unidades enemigas sin disparar un solo tiro. Tomando la iniciativa por completo en nuestras manos, podemos inducir repetidamente al enemigo a que se acerque a nuestra emboscada bien preparada o a que envíe su fuerza superior a algún lugar para que podamos atacar su débil fuerza en otro sitio. En cada ocasión nos aseguraremos de apoderarnos del equipo militar del enemigo.

Especialmente debido a nuestra pequeñez y debilidad, hay dos peligros opuestos que debe-

mos evitar y contrarrestar. Uno es tratar de cubrir un área que en realidad es más amplia de lo que podemos cubrir con suficiencia. Esto suele implicar una dispersión excesiva de nuestras brigadas de guerrilleros. El otro es concentrarnos en un área tan pequeña que al ver al enemigo no sabemos hacia dónde desplazarnos. Las fuerzas de guerrilla, en relación con las fuerzas móviles regulares, operan según el principio de la dispersión. Pero como todo lo que tenemos son pequeñas fuerzas guerrilleras, sin fuerzas móviles regulares que sirvan de fuerza principal en cualquier momento, entonces tenemos que tener cierta concentración relativa y cierta dispersión relativa de acuerdo con la escala de nuestra guerra de guerrillas actual. Tenemos que tener unidades guerrilleras principales, así como unidades guerrilleras secundarias, bases guerrilleras así como zonas guerrilleras.

Dependiendo de las circunstancias, tenemos que disponer de nuestras limitadas fuerzas de acuerdo con tareas definidas, en una dirección correcta y dentro de un radio definido. Nuestra acción adopta la forma de concentración, desplazamiento o dispersión. Nos concentramos para atacar al enemigo, principalmente por medio de emboscadas y asaltos a pequeñas unidades enemigas que podemos aniquilar. Nos dispersamos para realizar labores de propaganda y organización o para “desaparecer” ante el enemigo. Nos desplazamos en círculo o nos retiramos para ganar tiempo

y buscar circunstancias favorables para el ataque. Nuestra guerra de guerrillas se caracteriza por la flexibilidad o el cambio oportuno de un modo de acción a otro y por la fluidez o el cambio frecuente de terreno. Debemos captar y dar rienda suelta a esta característica para mantener la iniciativa frente al enemigo.

Nuestra experiencia ha demostrado que nuestra superioridad sobre el enemigo reside en que libramos una guerra justa, una guerra por los intereses democráticos del pueblo. No podríamos haber durado tanto tiempo con una fuerza armada tan pequeña y débil si no fuera por la correcta línea ideológica y política que el Partido Comunista de Filipinas ha llevado desde su restablecimiento. El enemigo está empantanado en una crisis política y económica cada vez más profunda y no deja de perpetrar abusos autodestructivos y de suscitar la rebelión del pueblo. Bajo la dirección absoluta del Partido, el Nuevo Ejército del Pueblo confía en obtener la victoria porque, dondequiera que esté y vaya, demuestra ser políticamente superior al enemigo porque tiene una estrategia y una táctica flexibles basadas en las condiciones concretas que comprende. El Partido es todavía pequeño y débil desde el punto de vista organizativo, como el Nuevo Ejército del Pueblo, pero está destinado a convertirse en una fuerza grande y fuerte mientras persevera en su correcta línea ideológica y política.

Tal como están ahora las cosas a escala nacional o incluso a escala de cada región, el Nuevo Ejército del Pueblo no tiene otra alternativa que estar en una fase de defensiva estratégica en oposición a la ofensiva estratégica de un enemigo superior. Pero el contenido de nuestra defensiva estratégica es una serie de ofensivas tácticas que somos capaces de emprender y ganar. Al ganar batallas de decisión rápida, estamos destinados a acumular fuerza para ganar batallas y campañas cada vez más grandes para poder pasar a una etapa superior de la guerra. Para pasar de la guerra de guerrillas a una guerra móvil regular como forma principal de nuestra guerra, tenemos que hacer un gran esfuerzo durante un largo período de tiempo. Todavía nos encontramos en la sub-etapa rudimentaria y temprana de la defensiva estratégica.

Podemos afirmar que en el largo proceso de su crecimiento, desde pequeño y débil hasta grande y fuerte, nuestro ejército popular tendrá que pasar por ciertas etapas y sub-etapas. Teniendo en cuenta un probable curso de desarrollo en el que nuestras fuerzas son inferiores ahora y, en consecuencia, llegarán a ser iguales y finalmente superiores al enemigo, podemos definir provisionalmente tres etapas estratégicas que nuestro ejército popular tendrá que atravesar.

Ahora está pasando por la primera etapa, la defensiva estratégica. Posteriormente, pasará a la segunda etapa, el equilibrio estratégico, cuando

nuestra fuerza esté más o menos en pie de igualdad con la del enemigo y nuestro tira y afloja con el enemigo sobre los pueblos estratégicos, las ciudades y las zonas más grandes se haga notorio. Por último, se llegará a la tercera etapa, la ofensiva estratégica, cuando el enemigo haya quedado profundamente debilitado y completamente aislado y se vea obligado a pasar a la defensiva estratégica (una inversión completa de su posición actual al quedar en nuestra fase, hoy, de defensiva estratégica).

El futuro del Nuevo Ejército del Pueblo es brillante, aunque tiene que recorrer un largo y tortuoso camino. En cambio, el futuro de las fuerzas armadas reaccionarias es oscuro. Un ejército mercenario y parasitario al servicio del imperialismo norteamericano, del feudalismo y del capitalismo burocrático no tiene futuro, salvo el fracaso y la pérdida. El arma más poderosa está en manos del ejército popular: es el apoyo del pueblo. No podemos librar una guerra revolucionaria sin él.

El Nuevo Ejército del Pueblo lucha por los intereses democráticos del pueblo con una disciplina férrea, abnegada y altamente consciente, y con sabio valor y buena formación. Nuestros comandantes y combatientes rojos luchan sin miedo al sacrificio y a la muerte porque luchan en el amplio interés del pueblo y no en el estrecho interés de los imperialistas o de cualquier individuo o camarilla de los reaccionarios. En el plano de la estrategia, nuestros comandantes y combatientes rojos odian

Características específicas de nuestra guerra popular

y desprecian al enemigo. Pero en el plano táctico, los consideran seria y meticulosamente para derrotar todos los complots y maniobras de los que sean capaces.

CAPÍTULO 5
UNA DICTADURA
FASCISTA TÍTERE EN
MEDIO DE LA CRISIS

5. Una dictadura fascista títere en medio de la crisis

El establecimiento del régimen dictatorial fascista de la camarilla de Estados Unidos-Marcos es la manifestación más clara de que el sistema político gobernante está sacudido por una crisis a la que ya no puede hacer frente de la manera antigua. La dictadura fascista títere es una medida contrarrevolucionaria de debilidad y desesperación más que de fuerza. Toda una serie de actos terroristas, coronados por la segunda masacre de Plaza Miranda, fueron desencadenados por la camarilla gobernante de Marcos para allanar el camino. Estos sucesos y la posterior imposición de un régimen marcial fascista y de un gobierno llamativamente autocrático han provocado el más profundo odio del pueblo y han intensificado su deseo de cambio revolucionario y libertad nacional y democracia.

El cerebro detrás de la dictadura fascista es el imperialismo estadounidense. La dictadura fascista ha sido creada para asegurar que, bajo una “nueva constitución”, los privilegios e intereses del imperialismo norteamericano bajo la Constitución de 1935, la Enmienda de Paridad y el Acuerdo Laurel-Langley no sólo sean preservados sino incluso ampliados frente a la creciente lucha antiimperialista de las amplias masas del pueblo, además de para consolidar a Filipinas como base del imperialismo norteamericano en el borde occidental del Pacífico y en Asia y como respuesta a la fracasada guerra de agresión norteamericana en Indochina. Como recompensa, a Marcos se le permite perma-

necer indefinidamente en el poder mientras pueda ser útil al imperialismo norteamericano y, por supuesto, mientras su ambición no vaya más allá de ser el representante general e incluso de convertirse en el hombre más rico con diferencia de la gran burguesía compradora y de la clase terrateniente.

El dictador fascista Marcos sigue alardeando de que su injusto régimen es una “nueva sociedad”. Pero en realidad sus monstruosos abusos sólo han servido para subrayar que no es sino el empeoramiento de la vieja sociedad semicolonial y semifeudal. Hoy asistimos a un fantoche desenfrenado, a la brutalidad, a la corrupción y a la bancarrota. Entre los reaccionarios locales, el cacique fascista, su familia y sus subalternos más cercanos en la burocracia militar y civil son los beneficiarios más destacados de la “nueva sociedad” títere, brutal, corrupta y en quiebra.

En esencia, la dictadura fascista es el gobierno abiertamente terrorista de una camarilla reaccionaria con grandes intereses compradores y terratenientes. Cuanto más tiempo continúe en el poder, más fértil será el terreno para nuestra guerra popular. Por su ejemplo negativo, Marcos se ha erigido en el mejor maestro del pueblo sobre el Estado y la revolución. En este sentido, es nuestro mejor propagandista. Ha expuesto magníficamente todos los males de esta sociedad semicolonial y semifeudal con sus propias mentiras y fechorías. La usurpación de todos los poderes gubernamentales; la

eliminación de todos los partidos políticos legales; la monopolización de la prensa; y la brutal represión de todas las libertades democráticas mediante métodos como la masacre, el asesinato, la zonificación, la evacuación masiva forzada, los bombardeos e incendios provocados, el chantaje, la extorsión, el arresto ilegal, la detención ilegal y la tortura han demostrado sin lugar a dudas la necesidad y la justicia de la revolución armada contra la contrarrevolución armada.

Todos los actos fascistas de la camarilla de Estados Unidos y Marcos llevados a cabo por medio de la fuerza armada bruta están calculados para “estabilizar” el dominio del imperialismo estadounidense y de las clases reaccionarias locales sobre las amplias masas del pueblo. Pero el efecto esencial de tales actos ha sido ampliar y profundizar la resistencia armada. El Nuevo Ejército del Pueblo, bajo la dirección del Partido, ha librado más batallas que nunca contra el enemigo y ha establecido más bases y zonas guerrilleras que nunca. Los activistas del Partido y los que no lo son, que en el período anterior a la Proclamación No. 1081 habían librado luchas de masas contra la misma camarilla estadounidense de Marcos, se han unido en un número considerable a la lucha armada revolucionaria en el campo o han formado una fuerte clandestinidad revolucionaria en varios puntos estratégicos del país.

El Ejército del Pueblo Moro, que está mucho mejor armado que el Nuevo Ejército del Pueblo, ha librado hasta ahora las mayores batallas contra el enemigo y le ha infligido graves pérdidas en tropas y equipo. La lucha armada revolucionaria de las minorías nacionales por la autodeterminación y contra la opresión nacional en el suroeste de Mindanao ha ayudado en gran medida al Nuevo Ejército del Pueblo en varias partes del país al atraer a gran parte de las fuerzas terrestres, marítimas y aéreas del enemigo. A cambio, estamos haciendo todo lo posible por librar una guerra popular en nuestras propias zonas para obligar al enemigo a desplazarse. En este momento, somos testigos de un enemigo con el gran dilema de atender al extremo sur y al extremo norte.

No hay fuerzas armadas significativas que se opongan al régimen dictatorial fascista, excepto el Nuevo Ejército del Pueblo y el Ejército del Pueblo Moro. En Luzón, Visayas y la mayor parte de Mindanao, no hay una resistencia armada significativa, excepto la que lleva a cabo el Nuevo Ejército del Pueblo. Podríamos decir que en estas zonas nos enfrentamos a una reacción unificada. Aquí no hay una guerra abierta entre los reaccionarios. Se ha hablado mucho de los “combatientes por la Libertad de Filipinas”, una organización supuestamente dirigida por un grupo anti-Marcos con cierto apoyo de EEUU, pero hasta ahora, incluso después de dos años de gobierno marcial fascista, parece ser

una mera fuerza simbólica que emite manifiestos ocasionales amenazando con una extraña mezcla de golpe de estado y guerra de guerrillas. Fieles a su carácter original y esencial, los renegados revisionistas de Lava se han rendido abiertamente a la camarilla estadounidense de Marcos y colaboran descaradamente en la persecución de los revolucionarios y en la estafa a las masas. No hay más remedio que tratar a estos revisionistas fascistas acérrimos como traidores y espías.

Como no hay guerra abierta entre los reaccionarios, donde existe el Nuevo Ejército del Pueblo se enfrenta a una reacción fascista unificada. Esto significa que el enemigo puede lanzar contra nosotros ofensivas más fuertes que en cualquier zona concreta en la que decida concentrarse. Esto es ciertamente una desventaja para nosotros. En este sentido, no tenemos otra alternativa que estudiar y aplicar la estrategia y la táctica correctas para hacer frente a las campañas del enemigo. Sin embargo, la experiencia ha demostrado que, por muy lejos que esté la resistencia armada en el suroeste de Mindanao, ha inducido al enemigo a reducir drásticamente sus fuerzas en el valle de Cagayan desde marzo de 1973.

Hay una ventaja a largo plazo en que el Nuevo Ejército del Pueblo sea la única fuerza armada considerada por el pueblo como propia en al menos el 90% del territorio filipino. Es más fácil y sencillo para las fuerzas intermedias elegir a qué bando

deben apoyar. La elección se hace más fácil y sencilla, de hecho, cuanto peor es el enemigo. La confianza de las amplias masas populares en el Nuevo Ejército del Pueblo es tan grande y rotunda a pesar de la actual pequeñez y debilidad de este ejército, porque es todo lo que tienen contra la tiranía fascista.

La crisis económica que ha sido la base de la crisis de todo el sistema político reaccionario, incluso antes del golpe derechista de Marcos, se ha agravado mucho bajo la dictadura fascista. Esta crisis económica hace sufrir a todo el pueblo en todo el país, por más que parezca que no es víctima directa de los abusos políticos y militares de la dictadura fascista. Vincular la dictadura fascista títere con el sufrimiento económico del pueblo es el único método que ha hecho más eficaz nuestra propaganda de la revolución armada. Desde mucho antes del régimen marcial fascista, las amplias masas del pueblo han comprendido la responsabilidad de la camarilla estadounidense de Marcos en la crisis económica.

Una inflación galopante; un desempleo desenfrenado; un aumento acelerado de la presión fiscal; una devaluación continua de la moneda; la escasez de alimentos, combustible y fertilizantes; la entrada ilimitada de capital extranjero y las remesas ilimitadas de beneficios; los enormes déficits de comercio exterior encubiertos por el contrabando técnico y las falsas cifras estadísticas; los excesivos

préstamos extranjeros y nacionales; gastos militares cada vez mayores; y gastos deficitarios e inflacionarios en “infraestructuras” que engordan a los bancos imperialistas y a los contratistas extranjeros, sirven al modelo de comercio colonial y al saqueo de los recursos naturales del país y son oportunidades para un enorme chanchullo y corrupción y para la especulación de la tierra con el botín monopolizado por el dictador fascista. Todos estos males conspicuos caracterizan al régimen dictatorial fascista. El deterioro de la economía es tan rápido que los cuadros del Partido deben vigilar de cerca los datos económicos que cambian rápidamente.

Las amplias masas populares sufren la combinación de abusos políticos y económicos. A medida que la economía se deteriora, la tiranía política se agrava. Para poder seguir explotando al pueblo, el régimen dictatorial fascista de la camarilla de EEUU-Marcos recurre a la ampliación de sus fuerzas armadas, a la compra de más equipo militar y al soborno de oficiales y hombres mediante ascensos de rango y aumentos de sueldo, prestaciones y otros privilegios. El aumento de los gastos para una entidad tan parasitaria como el ejército se traduce en un mayor deterioro de la economía. Más explotación y más opresión engendran más resistencia, y luego, otra ronda de gastos militares por parte de la dictadura fascista en virtud de un círculo vicioso que ellos mismos han creado.

Con total insensibilidad, la dictadura fascista ha estado proclamando por todo el mundo que ha conseguido mantener la mano de obra filipina barata para que los imperialistas la exploten. De hecho, la camarilla de Estados Unidos-Marcos ya ha preservado durante varios años las condiciones de atraso del país de tal modo que haya una abundancia de desempleados. Ahora, bajo el gobierno marcial, la fuerza de trabajo se vuelve más barata hoy que antes. Los trabajadores se ven privados de sus derechos sindicales, especialmente de su derecho a la huelga, incluso cuando los precios de los productos básicos se disparan. Cada vez que exigen salarios más altos, los trabajadores son intimidados abiertamente con la fuerza armada por parte de los militares fascistas y pueden ser suspendidos o despedidos arbitrariamente por sus empleadores. El “nuevo código laboral” sistematiza la supresión de los derechos de los trabajadores bajo la pinza del gobierno fascista y la gran burguesía. Para mantener un estado general de intimidación, el ejército y la policía fascistas realizan a menudo redadas y operaciones de zonificación en fábricas y comunidades de trabajadores.

A los campesinos se les dice insensiblemente que, si quieren tener su propio pedazo de tierra, deben firmar contratos con sus terratenientes en los que se les exigen pagos a plazos tan desorbitados que no pueden pagar ni siquiera el primer plazo. Esto es lo que se llama “reforma agraria”. A los

campesinos también se les exige que paguen elevados impuestos sobre la tierra; gravámenes especiales sobre la venta de sus productos; cuotas de membresía y honorarios especiales para el “barangay” y la “asociación de barrio” y contribuciones fijas al llamado “fondo de ahorro” y al “fondo de garantía de barrio”. Además, se les exige que paguen altos tipos de interés por los fertilizantes sobrevalorados de Planters Products, propiedad de Marcos, en el marco del programa “Masagana 99”, y que paguen tasas crecientes por el riego, siempre que esté disponible. Algunos planes de “seguro” y “seguro médico” también están en marcha para chupar más sangre de las masas campesinas. En todo el país, los “barangays” tienen órdenes de crear “fuerzas civiles de defensa del país”; éstas suponen gastos adicionales para los campesinos y también reducen sus horas de trabajo en el campo, ya que se ven obligados a hacer “rondas”. Cuando el ejército popular se encuentra integrado en medio de las masas campesinas, el enemigo recurre a las operaciones militares más brutales que incluyen la evacuación masiva forzada, la masacre, el saqueo, los incendios provocados y los bombardeos y ametrallamientos indiscriminados.

Al igual que las masas trabajadoras, la pequeña burguesía urbana detesta la dictadura fascista. La esencia misma del Estado reaccionario al servicio de los intereses imperialistas, de los grandes compradores y de los intereses feudales les ha quedado

plena y concretamente expuesta y en su vida cotidiana sus limitados ingresos no están exentos de los estragos de una inflación generada localmente e importada del extranjero. La dictadura fascista se ha desbocado hasta el punto de suprimir todas las libertades democráticas y perseguir a decenas de miles de personalidades demócratas que pertenecen a la pequeña burguesía urbana o que este estrato social respeta mucho. Los abusos del dictador fascista y sus secuaces militares se han extendido tanto que todos los pequeños burgueses urbanos han sufrido directamente algún abuso por su parte o conocen a un familiar o amigo personal que ha sido abusado por ellos. La pequeña burguesía urbana reconoce claramente que se está azuzando una atmósfera de intimidación y terror para mantener a Marcos en el poder y promover los intereses de los explotadores extranjeros y feudales.

La burguesía nacional, especialmente los sectores bajos y medios, se encuentran abandonados por la dictadura fascista. Se ven abocados a la bancarrota. Las empresas monopolistas extranjeras se han vuelto aún más rapaces en sus actividades en Filipinas al tratar de compensar sus pérdidas y dificultades en otras partes del mundo. Es la política descarada de la dictadura fascista de vincular su existencia con la venta del país a los capitalistas monopolistas extranjeros, principalmente estadounidenses y japoneses. Bajo la Constitución de Marcos, la Ley de Incentivos a la Inversión, la Ley

de Incentivos a la Exportación y tantos decretos fascistas específicos, los capitalistas monopolistas estadounidenses y otros extranjeros están disfrutando de privilegios que superan los de la Constitución de 1935 y el Acuerdo Laurel-Langley con su cláusula de paridad. Están ampliando rápidamente sus posesiones, aplastando a la burguesía nacional, apoderándose de todo tipo de negocios y oportunidades, y saqueando el país con total libertad.

Si bien es cierto que nos enfrentamos a una reacción fascista unificada en Luzón, Visayas y la mayor parte de Mindanao, esto no es más que la superficie de una situación en la que las amplias masas del pueblo bullen de odio hacia el enemigo y apoyan con entusiasmo el comienzo de nuestra temprana guerra popular. Bajo la aparente fuerza del enemigo se esconde una crisis profunda y una podredumbre irremediable. Si no fuera por el amplio apoyo que tenemos, nuestras pequeñas unidades armadas no podrían durar mucho tiempo frente a los poderosos asaltos del enemigo.

CAPÍTULO 6
BAJO UNE POTENCIA
IMPERIALISTA

La explicación más válida de por qué todavía no hay una guerra abierta entre los reaccionarios a pesar de las amargas contradicciones internas entre ellos, contradicción marcada hasta ahora por los actos unilaterales de terrorismo y violencia de la banda fascista de Marcos, es que todo el país está bajo la dominación de una potencia imperialista. Por lo tanto, el país es muy diferente a la China que estaba dividida entre varios señores de la guerra que se disputaban el apoyo de varias potencias imperialistas contradictorias.

Todas las demás explicaciones se deducen, como el hecho de que los reaccionarios anti-Marcos nunca han tenido una fuerza armada cohesionada de cierto tamaño significativo fuera de las fuerzas armadas del Estado; que el país es pequeño y un archipiélago y no ofrece mucho espacio para una división en varias esferas de influencia, que Marcos ha sido lo suficientemente inteligente como para confiscar las armas de los amorfos grupos armados de poca monta bajo el mando de políticos reaccionarios que no son de su confianza o que se saben opuestos a él; que los oficiales de las fuerzas armadas reaccionarias han sido entrenados para mantener una lealtad canina a quien sea el comandante en jefe bajo cualquier pretexto “constitucional”; y así sucesivamente.

Se pueden hacer muchas explicaciones, pero mientras sean pertinentes a la cuestión, todas conducen a la principal explicación de que el impe-

rialismo estadounidense es la fuerza determinante más importante en la política reaccionaria del país. Entre los políticos reaccionarios del país, la persistencia o la sustitución de una camarilla por otra conlleva la aprobación expresa o tácita del imperialismo estadounidense. En el período anterior a la dictadura fascista, las elecciones presidenciales se decidían por los fondos de campaña y el apoyo de la prensa otorgados por los imperialistas norteamericanos y sus grandes agentes compradores y terratenientes; y los dos principales partidos políticos no tenían ninguna diferencia principal, excepto en cuanto a qué partido tenía la camarilla de candidatos que mejor servía a los intereses imperialistas norteamericanos y a los intereses reaccionarios locales y, al mismo tiempo, pretendía defender mejor los intereses del pueblo.

En las circunstancias actuales, cuando el dominio de las armas se ha vuelto extremadamente conspicuo, el control estratégico y la influencia del imperialismo norteamericano sobre las fuerzas armadas reaccionarias se pone en evidencia de forma inmediata y directa cuando planteamos la cuestión de si los reaccionarios anti-Marcos tienen alguna posibilidad de sustituir o derrocar a la banda fascista de Marcos. Es pertinente recordar una ocasión en la que el imperialismo estadounidense demostró descaradamente cuánto podía hacer con su control estratégico e influencia sobre las fuerzas armadas reaccionarias para ayudar a

efectuar un cambio de administración reaccionaria. Fue cuando Magsaysay se opuso a Quirino en 1953 y la CIA y el JUSMAG dieron órdenes directas a los comandantes de batallones de las AFP para que apoyaran al primero.

Desde el punto de vista del imperialismo estadounidense, una guerra abierta entre sus propios secuaces locales es inadmisibles porque tendría el efecto neto de perturbar cualquier “estabilidad” y ventaja que haya obtenido en el país bajo la dictadura fascista. Por lo tanto, es difícil esperar que el imperialismo norteamericano transfiera armas para que un grupo anti-Marcos pero aún pro-estadounidense construya un ejército contra la banda fascista de Marcos. Si fuera necesario sustituir a Marcos por la fuerza armada, porque se niega a abandonar el poder a pesar de su notoriedad y sus abusos, convirtiéndose más en un lastre que en un activo, al imperialismo estadounidense le bastaría con instigar otro golpe de Estado.

Nunca ha sido una práctica del imperialismo estadounidense permitir la distribución de armas al pueblo en un país como Filipinas, donde las fuerzas armadas reaccionarias siguen estando firmemente bajo su control e influencia. Antes de la locura de Bataan en la Segunda Guerra Mundial, los colonialistas estadounidenses se negaron a distribuir armas al pueblo para preparar la invasión japonesa. Sólo hacia el final de la guerra, cuando ya estaban haciendo desembarcos masivos de tropas

en el país, dieron armas a los guerrilleros de USA-FFE en gran cantidad. Tan pronto como el país fue reconquistado, el imperialismo estadounidense y sus lacayos utilizaron todo tipo de métodos para apoderarse de lo que, a su juicio, eran armas de fuego sueltas.

Es bajo esta luz como debemos ver la repetida amenaza de los reaccionarios anti-Marcos de lanzar un golpe de estado. Raul Manglapus, que esta bien asociado con la vieja cosecha de agentes de la C.I.A. que pusieron a Magsaysay en la presidencia en 1953, es hoy el más destacado portavoz de los reaccionarios anti-Marcos. Está bajo el cuidado del Departamento de Estado de los Estados Unidos, y es obvio que es una especie de caballo en reserva. Sin embargo, no es necesariamente el principal caballo de reserva. Ocurre que, a diferencia de Aquino que está en la cárcel, o de Macapagal, que prefiere esperar en la sombra, él está en una posición entre los reaccionarios anti-Marcos de emitir abiertamente propaganda contra la banda fascista de Marcos.

El dictador fascista Marcos es consciente de que la duración de su vida política, incluida su seguridad personal, depende del imperialismo estadounidense. Por lo tanto, hace todo para satisfacer a su amo imperialista. Al mismo tiempo, es consciente de que su amo se beneficia de su gobierno indefinido, así como del valor del chantaje de mantener a sus caballos en reserva. De este modo, hace todo

lo posible para mantener su propio control sobre las fuerzas armadas reaccionarias, manteniendo a sus parientes y a otros favoritos en los mandos más estratégicos, expulsando del servicio a quienes considera poco fiables, sobornando a los oficiales en general con ascensos de rango, aumentos de sueldo y subsidios al aumentar el personal militar, proporcionándoles oportunidades para el chanchullo y la corrupción, incluidos el chantaje y la extorsión descarados, y superponiendo a las agencias de inteligencia regulares una red de inteligencia propia.

Los planes y tácticas de Marcos para prolongar su permanencia en el poder son claros. Quiere escalonar posibles acontecimientos como la elección de ejecutivos locales, la creación de un gran partido político y posiblemente otro o varios partidos pequeños, todos bajo su control, el nombramiento de un “consejo consultivo legislativo”, la convocatoria de la “asamblea nacional provisional”, su permanencia como primer ministro, etc. El deseo de Marcos es permanecer en el poder durante tanto tiempo que, al cabo de un tiempo, todos sus rivales políticos capitulasen ante él en consideración a sus propios intereses egoístas. Después de todo, Marcos y sus rivales políticos pueden ponerse fácilmente de acuerdo sobre lo esencial de la constitución y otros actos fascistas que sirven al imperialismo estadounidense y a las clases reaccionarias locales.

Pero Marcos no puede decidir la historia él solo. La crisis política y económica se agrava. El pueblo odia más su régimen fascista que su régimen prefascista, y el movimiento revolucionario crece y avanza constantemente. Aunque su deseo es plantear su propio tipo de “normalización” sólo para conservar el poder para sí mismo, el propio imperialismo estadounidense, después de algún tiempo, podría pasar de dejarle gobernar indefinidamente a sustituirle bajo algún tipo de “normalización” a la que debe acceder si no quiere sufrir las consecuencias de un golpe de Estado. En muchos casos en otras partes del mundo, los títeres del imperialismo estadounidense se han convertido en los chivos expiatorios de sus amos.

La dictadura fascista ha servido hasta ahora al imperialismo estadounidense. Ha sido utilizada para preservar y ampliar los privilegios e intereses económicos de EE.UU en Filipinas a pesar de la finalización de la Enmienda de Paridad y del Acuerdo Laurel-Langley. Al desatar un reino de terror contra el pueblo, Marcos se jacta de haber creado una “estabilidad” política para que los EE.UU. y otros capitalistas monopolistas extranjeros amplíen sus inversiones y obtengan mayores beneficios. Pero también queda claro que ha fracasado en aplastar al Partido Comunista de Filipinas y al Nuevo Ejército del Pueblo. Bajo las condiciones del régimen marcial fascista, estas organizaciones revolucionarias han echado raíces profundas en

todas las regiones y han gozado más que nunca de un gran prestigio entre el pueblo. El movimiento revolucionario no deja de ganar terreno en todo el país.

Bajo la infame “Doctrina Nixon”, el imperialismo norteamericano admite implícitamente que ya no puede resistir en Asia continental involucrando su mano de obra en una guerra terrestre y, por lo tanto, en este contexto, expresa una política según la cual prefiere proporcionar a sus títeres material de guerra y un paraguas nuclear y hacer que “los asiáticos luchen contra los asiáticos” en lugar de comprometer su propia mano de obra. En cualquier caso, bajo esta doctrina, se subraya repetidamente que el imperialismo estadounidense seguirá siendo una “potencia en el Pacífico”. Está claro que el imperialismo estadounidense tiene que aferrarse fuertemente a Filipinas para seguir siendo una “potencia en el Pacífico” y para tener una base desde la que ejercer su influencia en toda Asia. A medida que la “primera línea de defensa” de Estados Unidos (Indochina, Taiwán, Corea del Sur y Japón, especialmente Okinawa) disminuye, la “segunda línea de defensa” (Filipinas, Indonesia, Malasia, Singapur y Tailandia) gana en importancia para el imperialismo estadounidense. Las inversiones y las bases militares estadounidenses en Filipinas desempeñan el papel clave en esta “segunda línea”.

Las inversiones de Estados Unidos en Asia están muy concentradas en Filipinas y siguen expandiéndose aquí. Según las estimaciones conservadoras de 1972, que no tienen en cuenta el valor de mercado actual de todos los activos estadounidenses en el país, sólo las inversiones directas ascienden a tres mil millones de dólares. Éstas, que comprenden el 80% de las inversiones extranjeras en el país, están situadas estratégicamente y disfrutan de una alta tasa de beneficios.

Para protegerlas contra el pueblo, el imperialismo estadounidense no sólo mantiene un firme control sobre la política filipina y las fuerzas armadas reaccionarias locales, sino que, en virtud de tratados militares desiguales, mantiene como arma definitiva su propio personal y sus instalaciones militares en suelo filipino. Varias decenas de miles de tropas están estacionadas aquí como fuerza simbólica y pueden aumentar en cualquier momento. Las instalaciones militares incluyen enormes bases aéreas y navales y estaciones de radio y radar; también hay reservas militares estadounidenses que pueden reactivarse a capricho del imperialismo estadounidense. La base aérea de Clark y la base naval de Subic son las mayores bases militares estadounidenses en Asia. Hay armas nucleares en estas dos bases, así como en Pasuquin, Ilocos Norte y en la llamada estación meteorológica de Bukidnon.

En estas circunstancias, estamos seguros de que el imperialismo estadounidense es aún más sensi-

ble al desarrollo nuestra guerra Popular en Filipinas de lo que lo ha sido a la guerra del pueblo en Vietnam o en otros lugares de Asia. Lo que está en juego es mayor en Filipinas. Por lo tanto, podemos esperar que el imperialismo estadounidense, a pesar de sus propias palabras piadosas sobre la “retirada” de Asia, comprometerá sus propias tropas agresoras contra el pueblo filipino en caso de que las fuerzas armadas reaccionarias locales ya no sean suficientes.

Quienquiera que ocupe el poder en Malacang, mientras sea un mero agente del imperialismo norteamericano y de las clases reaccionarias locales, trabajará en contra de los intereses democrático-nacionales del pueblo y se ganará su ira. La crisis del imperialismo norteamericano y del capitalismo mundial y la crisis política y económica del país se agravarán. Nuestra guerra popular se desarrollará irresistiblemente en estas condiciones. Es probable que, cuando llegue un momento en que los reaccionarios locales se vuelvan tan incapaces de luchar contra nosotros, las tropas agresoras norteamericanas tengan que intervenir. Con esta expectativa, debemos estar preparados para que nuestra guerra revolucionaria, que ha comenzado como una guerra civil, se convierta en una guerra nacional contra una agresión extranjera descarada. No es una mera coincidencia que un embajador estadounidense como William Sullivan, el carnicero de Indochina, y otros funcionarios estadouni-

denses que son veteranos de la guerra de agresión de Estados Unidos en Vietnam sean asignados a Filipinas.

Desde la reanudación de nuestra guerra popular, los asesores militares y policiales estadounidenses en materia de “contrainsurgencia” han aumentado y participado en el entrenamiento y las operaciones militares contra el pueblo. Se ha intensificado la venta y la concesión gratuita de material militar a las fuerzas armadas reaccionarias locales. La aviación estadounidense, pilotada por pilotos estadounidenses, ha participado en operaciones de reconocimiento y bombardeo contra nosotros. Los equipos de reconocimiento de los “boinas verdes” estadounidenses se han desplegado bajo la cobertura de la “acción cívica” en varias partes del campo. La A.I.D., los Cuerpos de Paz y otro personal aparentemente civil de EE.UU. han sido utilizados con fines de inteligencia por el “equipo del país” de Estados Unidos, compuesto por el embajador de EE.UU., el jefe de estación de la C.I.A., el jefe del JUSMAG, el director de la A.I.D. y el jefe de la U.S.I.A.

La incesante y creciente ayuda militar norteamericana y la posible agresión del imperialismo norteamericano son dos factores que pueden hacer que se prolongue nuestra guerra popular. Es posible que al comenzar la agresión norteamericana tengamos que hacer ajustes en nuestra estrategia y táctica, independientemente del nivel que hayamos

alcanzado previamente en nuestra guerra popular. Como parte de nuestra preparación contra la agresión estadounidense, incluso ahora, debemos denunciar y oponernos a todo tipo de intervención estadounidense en nuestro país. En este sentido, debemos buscar de inmediato el apoyo del pueblo estadounidense y de los pueblos del resto del mundo.

Frente al imperialismo estadounidense, necesitamos urgentemente el apoyo internacional. El apoyo de quienes en el extranjero simpatizan con nuestras justas causas revolucionarias es indispensable para nuestra victoria. Aunque defendemos firmemente la autosuficiencia, no queremos decir que esto signifique reducir a cero el apoyo y la ayuda exterior. De hecho, a medida que avanza la lucha armada revolucionaria, el volumen de la ayuda extranjera puede aumentar, aunque también puede disminuir en proporción a nuestro esfuerzo de guerra total. En la guerra de Vietnam se demostró que a medida que aumentaba el nivel de la lucha armada, crecía el volumen de la ayuda internacional. Esto se debe a que el imperialismo estadounidense apoyó fuertemente a sus títeres y desató la mayor y más larga guerra de agresión después de la Segunda Guerra Mundial.

CAPÍTULO 7

DECLIVE DEL IMPERIALISMO
ESTADOUNIDENSE Y AVANCE
DE LA REVOLUCIÓN MUNDIAL

7. Declive del imperialismo estadounidense

La Revolución Filipina, en particular nuestra guerra popular, se ve muy favorecida hoy por el declive del imperialismo norteamericano en Asia y en todo el mundo y finalmente por el avance de la revolución mundial. La tendencia principal de la revolución sigue avanzando debido a la crisis cada vez más aguda del imperialismo estadounidense y de todo el sistema capitalista.

Estados Unidos estaba en su vigor inicial como potencia imperialista cuando pudo frustrar la vieja revolución nacional-democrática en Filipinas a principios de siglo. Los revolucionarios filipinos de entonces no estaban preparados ideológica, política y organizativamente para derrotar a una potencia imperialista moderna, aunque ya habían derrotado al colonialismo español. Ni siquiera existían las condiciones objetivas a nivel nacional e internacional para que surgieran inmediatamente las fuerzas subjetivas que pudieran dirigir con éxito una guerra popular contra los agresores estadounidenses en Filipinas.

La Primera Guerra Mundial sacudió y debilitó todo el sistema capitalista hasta el punto de crear las condiciones para la victoria de la Revolución de Octubre y el establecimiento del primer Estado socialista en una sexta parte del mundo. El carácter de la revolución mundial cambió de democrático-burguesa a socialista-proletario. Pero la potencia imperialista concreta que se aferró a Filipinas fue la que más se aprovechó de la guerra interim-

perialista. Además, los imperialistas y colonialistas pudieron seguir manteniendo sus colonias y semi-colonias, aunque la inestabilidad de su dominio aquí empezó a ser más evidente que antes.

El imperialismo estadounidense mantuvo un firme control sobre su colonia filipina. Siguió cultivando un séquito de políticos reaccionarios a sus órdenes y siguió utilizando el país como base de avanzada para su expansión en Asia. Sólo en 1930 se fundó el Partido Comunista de Filipinas, en condiciones de depresión mundial y malestar social local.

El sistema capitalista mundial seguía sufriendo una crisis generalizada incluso cuando acababa de terminar la primera guerra interimperialista. Posteriormente, surgieron regímenes fascistas en varios países de Europa Occidental y en Japón. La lucha por la redivisión del mundo entre las potencias imperialistas se intensificó aún más. Inevitablemente estalló la Segunda Guerra Mundial. Al igual que en la primera guerra interimperialista, Estados Unidos obtuvo beneficios de los préstamos y de la producción bélica antes y durante la guerra y proporcionó suministros a los dos bandos beligerantes hasta que estuvo preparado para unirse a la guerra en el bando ganador y recoger el botín.

Estados Unidos salió de la guerra como la potencia imperialista número uno, habiendo ganado la hegemonía sobre todo el sistema capitalista y asumiendo la principal responsabilidad

de mantener las colonias y semicolonias en todo el mundo. Estaba en una posición fuerte para reconquistar Filipinas de los fascistas japoneses y sofocar las fuerzas revolucionarias aquí. Además, fue ayudado en gran medida por la serie de graves errores perpetrados por las camarillas revisionistas de Lava y Taruc, que adoptaron sistemáticamente la línea de subordinar el movimiento revolucionario al plan estadounidense de conceder una falsa independencia a Filipinas. Los logros alcanzados por las fuerzas revolucionarias en el curso de la guerra, cuando las fuerzas norteamericanas se retiraron temporalmente del país, fueron dilapidados y perdidos. Al recuperar Filipinas, el imperialismo estadounidense procedió a expandirse en Asia y a oponerse a toda lucha antiimperialista en la región.

Pero bajo la superficie de la abrumadora fuerza imperialista estadounidense, todo el sistema capitalista se había debilitado profundamente más que nunca. Las democracias populares bajo la dirección de los partidos comunistas y obreros surgieron en una amplia zona del mundo, en Asia y Europa del Este. En Asia surgieron la República Democrática de Vietnam, la República Popular Democrática de Corea y la República Popular China. Los países socialistas abarcaban un tercio de la humanidad. Los movimientos de liberación nacional se desarrollan con un vigor sin precedentes en las colonias y semicolonias. Así, el territorio económico de todo

el sistema capitalista retrocedió y no podía sino seguir retrocediendo.

La victoria de la Revolución China y el establecimiento de la República Popular China supuso el golpe más duro para las potencias imperialistas poco después de la Segunda Guerra Mundial. Perdieron sus esferas de influencia en este gran país con una gran población, que comprende una cuarta parte de la humanidad, a pesar de la masiva ayuda militar y económica de los imperialistas norteamericanos a los reaccionarios del Kuomintang. El frente imperialista en el Este quedó irremediamente roto. La importancia mundial de esta gran victoria fue incalculable. Sólo el impacto de la Revolución China en Asia aterrorizó al imperialismo norteamericano. Los pueblos y naciones oprimidos de Asia, África y América Latina empezaron a mirar a China en busca de inspiración revolucionaria.

Poco después de la liberación de China, el imperialismo estadounidense lanzó una guerra de agresión contra la República Popular Democrática de Corea y no logró su objetivo de conquistar toda Corea. Luego formó la Organización del Tratado del Sudeste Asiático y violó los Acuerdos de Ginebra sobre Indochina. Al no aprender la lección de la guerra de Corea, volvió a lanzar una guerra de agresión en Vietnam y trató de derrotar al pueblo de Vietnam del Sur, arruinar a la República Democrática de Vietnam y subyugar a toda Indochina. En el punto álgido de la guerra de Vietnam, se uti-

lizaron 700.000 tropas agresoras estadounidenses y 1,5 millones de tropas títeres contra las fuerzas armadas del pueblo. Los imperialistas estadounidenses gastaron unos 150.000 millones de dólares para llevar a cabo su guerra. Pero se vieron obligados a retirarse derrotados. La guerra de Vietnam aceleró el declive del imperialismo estadounidense no sólo en Asia, sino en todo el mundo.

Los pueblos chino, coreano e indochino son vecinos y hermanos del pueblo filipino. Sus victorias son una gran inspiración para el pueblo filipino y tienen efectos objetivos favorables al crecimiento y avance de la Revolución Filipina. Aparte de estas victorias, hay un fenómeno destacado en Asia que ilumina las perspectivas de la guerra popular en Filipinas. Se trata de la pervivencia de las luchas armadas revolucionarias en el Sudeste Asiático en general desde la Segunda Guerra Mundial. Incluso en la cúspide de su poder, el imperialismo estadounidense no pudo suprimirlas; no encontró ningún uso efectivo para su Organización del Tratado del Sudeste Asiático, plagada de disturbios. La lucha armada revolucionaria en Indochina ha sido hasta ahora la más destacada y la más victoriosa de todas ellas. Pero todas las demás luchas armadas persistentes en el sudeste asiático, entre las que se encuentra nuestra guerra popular, prometen aumentar su importancia y eficacia a medida que se agrave la agitación del sistema capitalista y el imperialismo norteamericano siga declinando.

Las luchas armadas revolucionarias en Vietnam, Camboya y Laos han servido para subrayar el hecho de que, desde después de la Segunda Guerra Mundial, los pueblos de los países coloniales y semicoloniales de Oriente han podido desarrollar durante un largo período de tiempo grandes y pequeñas bases de apoyo revolucionarias, librar guerras revolucionarias de larga duración en las que las ciudades son cercadas desde el campo, y luego avanzar gradualmente sobre las ciudades y obtener la victoria a nivel nacional. El Presidente Mao señaló acertadamente en la apertura de esta década que:

innumerables hechos demuestran que una causa justa goza de abundante apoyo mientras que una causa injusta encuentra poco apoyo. Una nación débil puede derrotar a una fuerte, una nación pequeña puede derrotar a una grande. El pueblo de un país pequeño puede ciertamente derrotar la agresión de un país grande, si sólo se atreve a levantarse en lucha, tomar las armas y tomar en sus propias manos el destino de su país. Esta es una ley de la historia.¹

La lucha armada revolucionaria en Filipinas, incluso cuando se reanudó hace sólo unos años con tantas desventajas evidentes, prácticamente

¹ Mao Zedong, *People Of The World, Unite And Defeat The U.S. Aggressors And All Their Running Dogs*, Peking Review, 23 de mayo de 1970.

desde la nada en un pequeño país archipelágico bajo el dominio de una potencia imperialista y sin la condición de una guerra abierta entre los reaccionarios o una guerra interimperialista, ha sido capaz de persistir. Una explicación importante de este fenómeno es la crisis cada vez más grave del imperialismo norteamericano y de todo el sistema capitalista y el avance incontenible de la revolución proletaria mundial. Estas condiciones externas tienen profundos efectos dentro del país.

La crisis del imperialismo norteamericano y de todo el sistema capitalista no puede sino tomar una forma más amarga en una Filipinas semicolonial y semifeudal que en los Estados Unidos o en cualquier otro país capitalista. Esto se debe a que un país imperialista se empeña en extraer una mayor tasa de ganancia dondequiera que pueda hacerlo, especialmente cuando está compensando las pérdidas en otros lugares. El aumento de la explotación conlleva un aumento de la opresión. Así, la crisis política ha encontrado su expresión en el régimen marcial fascista y sus intolerables abusos, los peores desde el final de la ocupación fascista japonesa. La crisis económica se presenta a los monopolios extranjeros, principalmente norteamericanos, como una remisión y abandono los superbeneficios de las inversiones directas y los préstamos, propiciando una tasa desempleo varias veces superior a la de los países capitalistas y deprimiendo el precio de las exportaciones de materias primas del

país. El resultado inevitable es que el pueblo odia al imperialismo estadounidense y a la banda fascista de Marcos, y se siente fácilmente movido a apoyar y participar en la revolución armada. Confían en obtener la victoria a largo plazo porque son conscientes de las derrotas y el declive general del imperialismo estadounidense, así como de las victorias de los pueblos revolucionarios en el extranjero.

El sistema capitalista mundial se ve hoy sacudido por una crisis de una gravedad y una turbulencia sin precedentes desde el final de la Segunda Guerra Mundial. La causa fundamental es que el imperialismo norteamericano, al desempeñar durante cierto tiempo el papel de pilar principal y de policía del capitalismo mundial, ha imprimido en exceso su dinero y se ha endeudado en exceso interna y externamente; ha consumido en exceso y despilfarrado los recursos del mundo; ha gastado en exceso para su establecimiento militar, en particular para su armamento, sus bases militares extranjeras y sus guerras de agresión; y ha sufrido tremendas pérdidas a manos de los pueblos. Debido a que el territorio económico disponible para la explotación imperialista se ha reducido, las áreas para el acomodo intercapitalista también se han reducido y las contradicciones intercapitalistas no han tenido otro medio más que intensificarse. En consecuencia, la lucha de clases entre el proletariado y la gran burguesía pasa a primer plano en todos los países capitalistas.

La lucha por la hegemonía mundial y la supremacía armamentística entre las dos superpotencias, el imperialismo estadounidense y el socialimperialismo soviético, se intensifica. Luchan sin tregua por los mercados, los campos de inversión, las fuentes de materias primas y las posiciones estratégicas, y no dejan de chocar entre sí. Codician las esferas de influencia del otro. Crean problemas en varias zonas del mundo y tratan de manipular la situación en su propio beneficio. Siguen intentando invertir la tendencia irresistible de la historia: los países quieren la independencia, las naciones quieren la liberación y los pueblos quieren la revolución. La intimidación, la agresión, la intervención, la subversión y el control caracterizan el comportamiento de las dos superpotencias en los asuntos internacionales. Pero en lugar de tener éxito hasta el final, incurren en la condena y la resistencia de los pueblos del mundo.

Las dos superpotencias se confabulan para tratar de aterrorizar a los pueblos con sus armas nucleares, para exigir que el destino de la humanidad se ponga en sus manos, para hacer acuerdos de desarme, para adormecer a los pueblos con conversaciones sobre la distensión y para hacer ciertos arreglos temporales aquí y allá con tal de que cada uno gane más que antes a expensas de los demás o, al menos, con tal de que uno no pierda en el trato, aunque el otro gane. Pero entre potencias imperialistas rivales, en un mundo capitalista a punto

de estallar, no hay otro camino que la colusión al servicio de la contienda desde el principio, a cada paso y al final. Cada una de las superpotencias está empeñada en gobernar el mundo y acabar expulsando a la otra. Por ello, ambas se dedican febrilmente a la expansión armamentística y a los preparativos bélicos. Aquí reside el peligro para la paz mundial y la posibilidad de una guerra mundial.

No hay una región en el mundo en la que las dos superpotencias no estén en disputa. Europa del Este está lejos de Estados Unidos y en una esfera de influencia soviética, pero el imperialismo estadounidense la codicia. América Latina está lejos de la Unión Soviética y es una esfera de influencia estadounidense, pero el socialimperialismo soviético la codicia. Pero incluso en estas regiones, no todo el incentivo pertenece a las superpotencias. Hay países que quieren la independencia, naciones que quieren la liberación y pueblos que quieren la revolución como en cualquier otra parte del mundo.

Europa occidental y toda la zona mediterránea se la disputan dos superpotencias. El imperialismo estadounidense se apoya en su antigua alianza con Europa Occidental, especialmente en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), y le preocupa el hecho de que sus inversiones extranjeras estén más concentradas en esta región. El socialimperialismo soviético se apoya en su condición de potencia dominante en Europa del Este a través del COMECON y del Pacto de Varsovia y

en los partidos revisionistas de Europa Occidental. A pesar del dúo soviético-estadounidense sobre la distensión y la propuesta soviética de crear un “sistema de seguridad europeo”, la realidad es que las bases militares y las flotas navales estadounidenses y soviéticas se enfrentan a diario. Pero mientras tanto, los países de Europa Occidental, individualmente o en conjunto, y dentro o fuera de sus Mercados Comunes, se enfrentan cada vez más a las dos superpotencias; y el proletariado de todos los países es cada vez más combativo en una lucha de clases donde los partidos revisionistas no pueden llegar a una victoria revolucionaria sobre la gran burguesía.

En Oriente Medio, región que une a Europa con África y Asia, el imperialismo norteamericano utiliza al Israel sionista como palanca para ampliar sus privilegios y ganancias con el petróleo; y al mismo tiempo el socialimperialismo soviético utiliza sus suministros de armas para arrancar sus propios privilegios y obtener ganancias con la renta petrolera de los países árabes. La Guerra de Octubre² sigue estando indecisa. Pero, aunque las dos superpotencias tienen sus propios intereses egoístas y manipulan la situación en su beneficio, los pueblos árabe y palestino se mantienen firmes en su lucha por

² La guerra de Yom Kipur, guerra del Ramadán o guerra de octubre también conocida como la guerra árabe-israelí de 1973, fue un conflicto bélico librado por la coalición de países árabes liderados por Egipto y Siria contra Israel desde el 6 al 25 de octubre de 1973.

sus derechos soberanos y por la devolución de las tierras ocupadas y se oponen con firmeza a la combinación estadounidense-israelí, así como a la otra superpotencia. Los países de Europa Occidental, perjudicados por los tejemanejes de las dos superpotencias, se ven obligados a tratar directamente y de forma independiente con los países árabes y se niegan a dejarse arrastrar por alguna superpotencia a cualquier acción precipitada.

En África, las dos superpotencias maniobran incesantemente para ocupar el lugar de los antiguos gobernantes coloniales. Ambas pretenden simpatizar con las luchas de los pueblos contra el antiguo colonialismo y por la independencia nacional. El imperialismo estadounidense expone su propia hipocresía por sus estrechos vínculos con los antiguos gobernantes coloniales y por sus propios planes y actividades rapaces. El socialimperialismo soviético, aunque es más engañoso, porque utiliza el lenguaje “revolucionario” y se vale del prestigio del pasado revolucionario de la Unión Soviética, pone al descubierto su propia hipocresía al hacer esencialmente lo que hace la otra superpotencia. La lucha contra el imperialismo, el colonialismo y el racismo continúa. África es una parte importante del tercer mundo. Sus países, naciones y pueblos, al igual que los de Asia y América Latina, están en el centro de la lucha contra las superpotencias.

En el sur de Asia, el socialimperialismo soviético se ha servido de los reaccionarios indios gober-

nantes para promover sus ambiciones hegemónicas y crear problemas como amenazar a China y desmembrar a Pakistán. Como resultado de la guerra indo-pakistaní, de la que fue autor, se ha asegurado varias bases para su flota naval en el Océano Índico. Está tan embriagado por sus actos agresivos que sigue soñando con establecer un “sistema de seguridad colectiva asiático” bajo su control. El imperialismo estadounidense está más preocupado que nunca por mantener su propia posición en esta región y por lanzar una serie de contramedidas. Pero los pueblos del sur de Asia, incluidos los pueblos de India y Bangladesh, y varios países como Pakistán y Ceilán se oponen a las dos superpotencias y a sus titeres.

En el sudeste asiático, el imperialismo estadounidense quiere mantener su hegemonía sobre Tailandia, Malasia, Singapur, Indonesia y Filipinas. Estos países no sólo sirven como “segunda línea de defensa” en la estrategia militar estadounidense para Asia, sino que también se espera que sean una gran fuente alternativa de petróleo. Pero la situación para el imperialismo norteamericano es cada vez más compleja y difícil, sobre todo después de sus sonadas derrotas en Indochina. El socialimperialismo soviético quiere aprovechar el declive y las debilidades de EEUU en la región. El capitalismo japonés tiene que acomodarse aquí porque, de lo contrario, las relaciones China-Japón se desarrollarían más allá de las relaciones EEUU-Japón. China

tiene su propia política de amistad hacia todos sus países vecinos. Los pueblos del sudeste asiático están comprometidos en la lucha armada revolucionaria bajo los partidos marxistas-leninistas. En caso de que haya otra guerra mundial, el sudeste asiático es una región que casi con seguridad se volverá completamente roja.

El esquema del imperialismo norteamericano de utilizar a Japón como su punta de lanza anti-china y su fugitivo en Asia está en contradicción con los propios intereses y necesidades de Japón como país capitalista que ya no puede acomodarse en el territorio económico norteamericano tan adecuadamente como antes, especialmente cuando han sucedido la Guerra de Corea y la Guerra de Vietnam. Del mismo modo, el plan del socialimperialismo soviético para atraer a Japón a un alineamiento antichino sirviéndole sus recursos naturales, especialmente el petróleo y la madera en Siberia, está en desacuerdo con los términos más económicos del comercio entre China y Japón y con la negativa soviética a devolver las cuatro islas del norte a Japón. Los pueblos de China, Corea y Japón están firmemente en contra del imperialismo estadounidense y del socialimperialismo soviético.

La deserción de la Unión Soviética de las filas de los países socialistas al convertirse en revisionista, social-capitalista y social-imperialista no hace que aumente la fuerza del sistema capitalista mundial, sino que aumenta la virulencia de las contradiccio-

nes interimperialistas e intracapitalistas. Al usurpar la riqueza social y la destreza militar del proletariado y de los pueblos soviéticos, el socialimperialismo soviético se ha erigido en el más formidable rival del imperialismo norteamericano y también en un competidor, así como en un posible estado dominante de otros países capitalistas.

Para los revolucionarios de todo el mundo, el problema que ha surgido con la aparición del socialimperialismo soviético es que se trata de una potencia imperialista con las características especiales de ser socialista en las palabras y ser imperialista en los hechos, y de ser susceptible de lanzar contra la China socialista una guerra de agresión a gran escala debido a las nuevas ambiciones zaristas y a los descarados preparativos de guerra en pos de tales ambiciones. Con el paso del tiempo, en lugar de ser capaz de confundir a la gente, el socialimperialismo soviético ha demostrado su verdadera naturaleza no sólo por sus propias palabras contrarrevolucionarias, sino también por sus actos de agresión y hechos contrarrevolucionarios.

China ha adoptado y llevado a cabo un amplio programa de defensa e impulso de su revolución, oponiéndose a las dos superpotencias y contrarrestando sus maniobras y los peligros de una guerra mundial que éstas plantean, y promoviendo la revolución mundial como antídoto contra el veneno del imperialismo y la guerra. Al emprender la Gran Revolución Cultural Proletaria, bajo la teoría del

Presidente Mao de la revolución continua bajo la dictadura del proletariado, ha frustrado la restauración del capitalismo dentro de la sociedad socialista más poblada y se ha consolidado como un fuerte baluarte del socialismo y la revolución mundial. A medida que sigue obteniendo grandes victorias en la revolución socialista y la construcción socialista, aumenta su capacidad no sólo para defenderse de una o dos superpotencias, sino también para cumplir sus obligaciones internacionalistas.

China está desempeñando un papel fundamental en el desarrollo de las relaciones de amistad, asistencia mutua y cooperación entre los países socialistas de acuerdo con el principio del internacionalismo proletario. Está prestando un enorme apoyo y asistencia a las luchas revolucionarias de todos los pueblos y naciones oprimidos, y al mismo tiempo los alienta a ser autosuficientes y a mantener la iniciativa en sus propios países. Su política exterior incluye la política leninista de coexistencia pacífica, concretamente los Cinco Principios. Esta es un arma importante al servicio de la revolución mundial, ya que mediante ella se puede crear un frente unido lo más amplio posible contra las dos superpotencias y se pueden aprovechar las contradicciones incluso en las filas de nuestros enemigos. Está en plena consonancia con el marxismo-leninismo aprovechar las contradicciones, ganar a la mayoría, oponerse a la minoría y aplastar a nuestros enemigos uno por uno.

En el seno de las Naciones Unidas, China pone un gran énfasis en promover la lucha de los países del tercer mundo y de los países pequeños y medianos para afirmar su independencia y su soberanía estatal frente a las dos superpotencias. El monopolio de los imperialistas sobre los asuntos internacionales se está haciendo añicos. Por lo tanto, se hace difícil que una sola superpotencia pueda atraer a sus seguidores para lanzar una guerra mundial. A medida que se agrava la crisis del sistema capitalista mundial, se producen cada vez más desacuerdos y conflictos entre las dos superpotencias y entre una o dos superpotencias y los países dependientes, también capitalistas o en desarrollo.

Como el desorden reina en los asuntos de las dos superpotencias y del sistema capitalista mundial, las fuerzas revolucionarias del mundo encuentran una situación excelente para sus luchas antiimperialistas. Si, a pesar de todos los esfuerzos por evitarla, estalla una guerra mundial, el resultado para los imperialistas será peor. Las dos últimas guerras mundiales han demostrado que una guerra mundial conduce a guerras civiles y a una revolución de mayor alcance contra el imperialismo.

En la lucha antiimperialista mundial contra las dos superpotencias, es totalmente correcto que China y otros países socialistas eleven sus niveles de revolución socialista y de construcción socialista y se apoyen en su propio proletariado y en su pueblo, y sobre esta base lleven a cabo una política

exterior que fomente la unidad con Asia, África y América Latina y aprovechen las contradicciones intercapitalistas, así como las contradicciones entre las propias superpotencias. En estas circunstancias, los partidos marxistas-leninistas de todo el mundo pueden prosperar dirigiendo al pueblo en las luchas revolucionarias antiimperialistas en sus respectivos países.

La Revolución Filipina, en particular la guerra popular que estamos librando actualmente, encuentra abundante apoyo no sólo entre las amplias masas del pueblo de Filipinas. También encuentra abundante apoyo en los pueblos y el proletariado de los países socialistas, las colonias y semicolonias y los países capitalistas. El apoyo viene de forma general de la lucha en común contra una o dos superpotencias y, en casos que aumentarán en el futuro, también en forma de ayuda directa y concreta a la Revolución Filipina.

Ediciones en Lenguas Extranjeras

Colección Clásicos en color

- 1. Curso Básico de Marxismo-Leninismo-Maoísmo**
Partido Comunista de la India (Maoísta)
- 4. Maoístas en India: escritos y entrevistas**
Azad
- 8. Estrategia para la Liberación de Palestina**
FPLP
- 9. Contra el Avakianismo**
Ajith
- 10. Características Específicas de nuestra Guerra Popular**
José María Sison
- 11. Repensar el Socialismo: ¿Qué es la Transición Socialista?**
Deng-yuan Hsu y Pao-yu Ching
- 14. Perspectiva Urbana**
Partido Comunista de la India (Maoísta)
- 15. Cinco Tesis Filosóficas**
Mao Zedong
- 17. La Cuestión Nacional**
Ibrahim Kaypakkaya
- 18. Ocho Documentos Históricos**
Charu Mazumdar
- 22. Formación Militante—Araling Aktibista (ARAK)**
PADEPA

<https://redspark.nu>
<https://foreignlanguages.press>